

En mexicano o en castilla: conflicto lingüístico en el Alto Balsas (Guerrero, México)

ANDRÉS GONZÁLEZ RUIZ
Comisión Europea

Entre 1989 y 1994 viví y realicé trabajo de campo en varias comunidades mexicaneras del Estado de Guerrero en el marco de un proyecto de investigación sociolingüística. Debo advertir que los datos que entonces recopilé y en los que se basa este trabajo podrían haber quedado entretanto obsoletos.

La zona objeto de mi estudio, el Alto Balsas en el Estado de Guerrero, se localiza en el bajío del curso alto del río Balsas-Mezcala y es una de las más tórridas y secas de México. Se extiende unos cincuenta kilómetros a lo largo de ambas márgenes del río, desde la antigua carretera México-Acapulco hacia el este. Comprende las comunidades de Xalitla, Ameyaltepec, Ahuehuepan, Ahuelicán, San Juan Teteltzingo, Tlamamacán, San Marcos Ocotzingo, San Agustín Oapan, Analco, San Miguel Tecuiziapan, Tula del Río, San Francisco Ozomatlán, Ostotipan, San Juan Totoltzintla y Ahuetlixpan, en las que viven unas veinte mil personas. El área constituye una comunidad de habla distinta de los pueblos colindantes, tanto por el uso del mexicano como por su relativo aislamiento y los frecuentes contactos de todo tipo que sus habitantes mantienen entre sí.

Impera en el área una economía de supervivencia en la que el cultivo del maíz y la elaboración y venta de artesanías (alfarería, amates y máscaras de madera) constituyen los principales medios de subsistencia. En todas las comunidades perviven formas de organización social que pueden remontarse, como mínimo, al sistema de segregación implantado durante la Colonia y que las dotan de cohesión interna. Cabe destacar entre ellas un sistema de autogobierno basado en asambleas, cargos civiles elegidos anualmente, mayordomías religiosas, propiedad comunal de la tierra (ejido) y prácticas sociales de trabajo comunal y de solidaridad recíproca, en el que se observan ya los primeros síntomas de desgaste, o los innumerables festejos comunitarios, celebraciones de carácter familiar

y rituales de todo tipo, estos sí plenamente vigentes, que acompañan el ciclo vital. Desde hace unos treinta años, sin embargo, fenómenos como la escolarización, el acceso a los medios de transporte y la electrificación rural, con la consiguiente penetración de medios de comunicación masiva, sobre todo la radio y últimamente la televisión, están actuando como factores de exposición al mundo hispanohablante y amenazan con dar al traste con el delicado equilibrio que había mantenido a las comunidades indígenas al margen de la economía nacional, para sumirlas en un proceso de proletarianización. En este contexto, por ejemplo, cada vez son más frecuentes los movimientos migratorios hacia el interior de la República Mexicana —temporeros para la recogida de la caña en Jalisco y Colima, vendedores de artesanías en los centros turísticos— y, sobre todo, hacia los Estados Unidos, así como la adopción por parte de muchos jóvenes de los modos de la subcultura popular mexicana o chicana, fuertemente influida por el narcotráfico, y de toda su parafernalia. En casi todos los pueblos, por último, la politización de las comunidades y la penetración de grupos evangélicos son fuente de divisiones y conflictos.

Conviven en la zona dos códigos lingüísticos, el náhuatl y el español, o, como los llaman los propios hablantes, el mexicano y el castilla. El náhuatl, la lengua de los antiguos aztecas, es hablado hoy en día por aproximadamente un millón y medio de personas dispersas en zonas aisladas del Distrito Federal y de los Estados de Guerrero, Hidalgo, México, Michoacán, Morelos, Puebla, Tlaxcala y Veracruz. Forma parte de la familia yuto-azteca y es la lengua mesoamericana que cuenta con un mayor número de hablantes. En las fuentes clásicas era llamado *nahuatl* o *nahuatlatoalli* (lengua clara) o *mexicatlatolli* (lengua mexicana). Hoy en día, «náhuatl» es un término de connotaciones más bien académicas, mientras la mayoría de los hablantes denomina a su propia lengua «mexicano», sirviéndose de un fonema y un sufijo derivativo tomados del castellano.

Los aztecas irrumpen en el valle de México en el siglo XIII procedentes del noroeste, pero no fueron los primeros nahuatlatoles en llegar al Altiplano. Se cree que grupos de esa etnia habitaban el Valle de México al menos desde la caída de Teotihuacán, alrededor del año 600. Durante los siglos XIV y XV, el náhuatl alcanzó su máxima expansión precolombina gracias a la política expansionista de los señoríos de Mexico-Tenochtitlan, Tezcoco y Tlacopan, la llamada «Triple Alianza». A principios del siglo XV, cuando los *mexica* alcanzaron una posición hegemónica en el Altiplano, su lengua se convirtió en *lingua franca* en prácticamente toda Mesoamérica.

Esta situación se mantuvo inalterada durante los primeros tiempos de la Colonia y fue aprovechada por los españoles para sortear los problemas

de comunicación que la extraordinaria diversidad lingüística les planteaba. En palabras de fray Gerónimo DE MENDIETA, «esta lengua mexicana es la general que corre por todas las provincias de esta Nueva España, puesto que en ella hay muchas y diferentes lenguas particulares de cada provincia, y en parte de cada pueblo, porque son innumerables. Mas en todas partes hay intérpretes que entienden y hablan la mexicana, porque esta es la que por todas partes corre, como la latina por todos los reinos de Europa».

En la fundación de la Nueva España intervinieron diferentes estamentos sociales —representantes de la Corona, encomenderos, órdenes religiosas y clero secular—, a los que hay que sumar la población autóctona, sujeto pasivo y silencioso de una empresa en la que le iba su propio ser, atravesada asimismo por múltiples líneas divisorias: por clase, por etnia o por grado de asimilación (ladinos). Este complejo entramado de intereses a menudo contrapuestos se sustentó en un edificio de delicado equilibrio, uno de cuyos pilares, como atestigua el sinfín de cédulas reales, cartas, instrucciones, consultas y ordenanzas que sobre esta cuestión se conservan, era el uso de las lenguas. De las dos grandes disyuntivas que planteó la aproximación al indio —segregación frente a integración y castellanización frente a uso de las lenguas vernáculas—, la primera se zanjó pronto con el triunfo de las tesis segregacionistas y la creación de las llamadas «repúblicas de naturales», mientras que la segunda quedó irresuelta debido sobre todo a que el afán por imponer el castellano se vio contrarrestado por la urgencia de la evangelización, a que las órdenes procedentes de la metrópolis quedaban desvirtuadas por las prácticas dilatorias de autoridades, encomenderos y frailes, y a que el empeño uniformizador se reveló insuficiente frente a la desmesurada diversidad lingüística mesoamericana.

Tras un breve periodo en el que la educación de los indios se dejó en manos de los encomenderos, pronto se decidió que fuera el clero regular el encargado de la conversión e instrucción de los indígenas. Los frailes —franciscanos primero, agustinos, dominicos y jesuitas, después—, acometieron con entusiasmo la evangelización y se erigieron en los más acérrimos defensores del uso de las lenguas vernáculas. Fruto de este esfuerzo es un riquísimo repertorio de artes, vocabularios, confesionarios y catecismos en el que hicieron gala de una sofisticada formación humanística. Entre los que han sobrevivido hasta nuestros días, y solo en náhuatl, son dignos de mención los de Andrés DE OLMOS (1547), Alonso DE MOLINA (1571) y Horacio CAROCHI (1645). Pronto, sin embargo, se impuso la necesidad de promover algunas de las lenguas más extendidas, elevándolas al rango de lengua general. Por Cédula de 1570, Felipe II

decreta «que los dichos indios aprendiesen todos una misma lengua y esta fuese la mexicana que se podría aprender con más facilidad por ser lengua general».

Pese a este arranque favorable a las lenguas nativas, las tesis castellanizadoras fueron ganando terreno poco a poco gracias al favor de la Corona, cuya política lingüística, un tanto errática con los Austrias, se hizo mucho más decidida tras el advenimiento de los Borbones y su firme respaldo a la uniformidad lingüística, y a la sustitución a finales del siglo xvi de las órdenes religiosas por el clero secular en el gobierno espiritual de ambas repúblicas. Una Cédula real de Carlos iii de 1770 ordena que se adopten las medidas necesarias «para que de una vez se llegue a conseguir el que se extingan los diferentes idiomas de que se usa en los mismos dominios y solo se hable el castellano». Con todo, en los últimos tiempos de la Nueva España, los hablantes de lenguas vernáculas seguían siendo mucho más numerosos que los de castellano.

La Independencia conmovió los cimientos de la sociedad mexicana y alteró el delicado equilibrio entre criollos, castas e indios alcanzado durante la Colonia. Los convulsos años que transcurren entre la Revolución y la Independencia son testigos de pronunciamientos, enfrentamientos facciosos e intervenciones extranjeras, al tiempo que la oligarquía criolla, detentadora ya del poder económico, asume el poder político. La cuestión del indio, sin embargo, experimenta pocos cambios: el dogma ahora es su incorporación al orden nacional como única forma de librarlo de la miseria y la marginación.

La Revolución de 1910, un movimiento caracterizado por un exacerbado nacionalismo, siguió propugnando la integración, sustentada ahora en el movimiento indigenista, que se erige en portavoz de las reivindicaciones indígenas, exige la reparación de agravios centenarios y funda en la simbología prehispánica, una vez idealizada, la identidad nacional mexicana. Ven así la luz las primeras instituciones destinadas a proteger a las minorías étnicas. Sin embargo, la cuestión de la educación de los indios se resuelve paradójicamente con el triunfo de la tesis que propugna su asimilación a la nación mexicana y estigmatiza el uso de las lenguas nativas como amenaza a la unidad nacional.

Habrà que esperar hasta la década de los treinta para que desde instancias gubernamentales se empiece a favorecer —al menos en teoría— la educación bilingüe. Sea como sea, lo cierto es que estas medidas, de difícil aplicación práctica, no han conseguido frenar el declive de las lenguas nativas. Hoy se estima que viven en México entre nueve y diez millones de indígenas. Si bien esta cifra es ligeramente superior a la que se

registraba al estallar la Revolución, lo que ha cambiado drásticamente es el porcentaje, que ha pasado de un 43 a un 6,6 % de la población total.

Esta sucesión de avatares históricos aderezada de intereses, perspectivas y decisiones a menudo contradictorios conforma la situación lingüística que se vive hoy en la mayoría de las comunidades indígenas mesoamericanas, incluidas, con ciertas características propias, las del Alto Balsas. El mexicano hablado en la zona se ubica dentro de los dialectos centrales y constituye un subdialecto dentro del área denominada Guerrero Central.

Mi propósito era analizar no solo el ámbito estrictamente lingüístico, sino también el contexto económico, social y cultural en que este se inscribe para determinar cómo y en qué medida afecta a la estructura y al uso de la lengua. Una de las primeras dificultades que tuve que superar fue la elección de un cauce metodológico apropiado para la constitución de los datos. Traté de recopilar una amplia muestra de habla que me permitiera no solo describir la lengua en sus aspectos fonológicos, morfológicos, sintácticos y léxicos, sino también estudiar los procesos derivados del contacto —interferencia, diglosia, bilingüismo, cambio y desplazamiento—, los fenómenos de variabilidad y las prácticas discursivas y metalingüísticas. En general, consideré con reservas instrumentos típicos de elicitación lingüística como cuestionarios y entrevistas grabadas, pues pronto comprobé que mi propia presencia o el uso de la grabadora bloqueaban o descontextualizaban la comunicación. Mi prolongada estancia en las comunidades me permitió alcanzar un grado de competencia lingüística aceptable, tanto activa como pasiva, lo que facilitó la observación participante y, en ocasiones, la grabación de habla «espontánea». En el proceso de transcripción y traducción de los datos conté con la ayuda de miembros de las comunidades.

Al abordar los fenómenos producidos por el contacto entre ambas lenguas, empecé por distinguir el propio proceso de cambio lingüístico y sus resultados. En el proceso intervienen sobre todo factores sociolingüísticos como las condiciones de vida de las comunidades, el grado y las modalidades de bilingüismo o los valores de prestigio conferidos a una y otra lengua. Los resultados se traducen en la transferencia de elementos de un sistema a otro y en el paulatino desplazamiento del mexicano en favor del castellano.

La trayectoria en que se producen las interferencias no es simétrica. Es la lengua oprimida, el mexicano, la que asimila elementos de la lengua dominante. Surge así un código sincrético, resultado de un cambio convergente entre dos sistemas diferentes, en el que es patente la reordenación de normas de la lengua receptora como consecuencia de la

asimilación de elementos ajenos, procedentes del castellano. Las interferencias se manifiestan tanto en la estructura fonológica, morfológica y sintáctica, como en el repertorio léxico.

Los habitantes de las comunidades despliegan una serie de manifestaciones de orden metalingüístico en las que reflejan sus actitudes hacia su propia habla en forma de tomas de posición, juicios de valor y apreciaciones afectivas y funcionales. Si en un principio estas reflexiones me parecieron más bien pintorescas, debido a su aparente incoherencia y a su carácter estereotípico, pronto me percaté de que contrastar las estrategias comunicativas (cómo se habla) y su representación metalingüística (cómo se dice que se habla) podía ser de gran interés, especialmente a la hora de analizar ciertos aspectos difícilmente elicitable de otro modo. Para poder verificar, codificar y analizar estas reflexiones, de las que ya tenía constancia por expresiones espontáneas, confeccioné un cuestionario de actitudes hacia la lengua y la identidad étnica, al objeto de determinar cómo y en qué medida estas representaciones reflejan la dialéctica que enfrenta a los dos códigos que conviven en la zona. Consideré que en manifestaciones de este tipo sí se imponía cierta mediación o estímulo por mi parte para poder acceder no solo a los enunciados, sino también al reconocimiento y a la crítica de los mismos. Este tipo de cuestionarios inducen la emisión de juicios estereotipados, por lo que son de difícil evaluación, pero si bien es cierto que solo permiten elicitar lo que los hablantes consideran opiniones aceptables, al menos revelan qué opiniones son aceptables, cuáles son sus variaciones y quiénes las comparten.

Apliqué el cuestionario y grabé las respuestas de sesenta y un hablantes procedentes de las diferentes comunidades, seleccionados por sexo, edad y nivel de escolarización. Salvo a los monolingües en español, apliqué el cuestionario en mexicano. Una de las principales dificultades a las que hube de hacer frente fue la de dar cuenta de la complejidad y los innumerables matices y ambigüedades que la situación encierra.

Con la mayoría de los encuestados realicé posteriormente una entrevista también grabada, donde comentaba sus respuestas. En ocasiones, también pedí al entrevistado que interpretara respuestas dadas por otros hablantes. Esta fórmula permite establecer cierta distancia con el estímulo y propicia, en alguna medida, formulaciones más espontáneas.

Aunque revelan una profunda ambivalencia y un complejo entramado de convenciones, prejuicios, enmascaramientos, tabúes, evasivas y silencios, las respuestas se articulan en torno a modelos que pueden sistematizarse atendiendo al perfil del encuestado, a su posición dentro de la comunidad o al contexto de la entrevista. Se configuran así sistemas

discursivos relativamente homogéneos y previsibles, aunque no exentos de contradicciones y ambigüedades, mediante los cuales los encuestados reconocen y evalúan, en respuesta a un estímulo, fenómenos tales como las variaciones en el habla de las distintas comunidades, la valoración de ambos códigos, su distribución funcional, el desplazamiento de la lengua vernácula, la incidencia de las medidas de planificación lingüística o las interferencias de todo tipo que se producen, todo ello desde la perspectiva de la identidad étnica que permea todas estas cuestiones. En este ejercicio de reflexión lingüística elementos conceptuales conviven con otros de orden afectivo o ideológico, forjados en un contexto —el de la desigual coexistencia entre el español y las lenguas nativas— que ha venido fraguándose desde los primeros tiempos de la Conquista¹. No está claro hasta qué punto estos patrones metalingüísticos condicionan el habla real, ni siquiera si lo reflejan realmente, pero lo que es innegable es que constituyen un factor de cohesión y que, como tal, pueden incidir en el proceso de cambio.

La mayoría de los habitantes de las comunidades pueden ser considerados bilingües, aunque queda por determinar cuál es la cualificación mínima necesaria para que un hablante sea clasificado como tal. Si no resulta difícil encontrar en las comunidades más aculturadas jóvenes monolingües en castellano, son escasísimos los hablantes que carecen por completo de competencias en esa lengua. Los que reconocen no hablar castellano suelen ser ancianos, mujeres y niños de las comunidades más aisladas, que son los que tienen menos oportunidades de entrar en contacto con el mundo hispanohablante.

Sirva de ejemplo el conmovedor testimonio de un joven de Totolzingtla:

ta o:nitekipanoto igwa:lah / de katorse años / teh # nitekipanoaya / teh / de pionsi:toh # bah / pero de umpa ninoregresaroh # shniahkah # sa: necha:nato notah # kitoh tiaweh # newa de por si shnias # nima:makasi / xoknitlahtoa / baleh un tlakah un espa'ñol # shwel ninohno:tsa / nitla:makasi #

Hasta que me fui a trabajar a Iguala de catorce años, pues. Trabajaba de peoncito. Bah, pero de allá me regresé. Ya no volví. Pero mi papá me vino a llevar otra vez. Dice «Vamos». «Yo de por sí no voy a ir. No. Le

¹

El propio término con el que tanto mexicanos como hispanohablantes se refieren al mexicano y a las demás lenguas vernáculas —«dialecto»— es valorativo. Nunca oí que denominaran así al castellano, pero sí al mixteco y al otomí, lenguas de las otras dos etnias minoritarias con las que mantienen contactos.

tengo miedo. Amigo, todavía no puedo hablar ese... ese español. No puedo platicar. No puedo hablar. Me espanta».

Según informaciones facilitadas por numerosos hablantes, la situación actual no data de mucho tiempo atrás y parece que en fechas relativamente recientes —aproximadamente hace unos cuarenta años— el número de monolingües en mexicano era mucho mayor.

i:kwa:kon sha:kah welia / teh / sha:kah welia tlin espa'ñol #

Entonces nadie podía, pues, nadie podía lo que es español.

Aunque tanto los que afirman hablar castellano como muchos de los que dan respuestas evasivas al respecto muestran un grado de competencia más que aceptable en esa lengua, abundan los comentarios que denotan inseguridad en su uso:

san tlahko niwe:li / porke ke:mantika nechtle:ni / teh #

Medio puedo no más, porque a veces me gana, pues.

Y a menudo se condena la forma en que otros la hablan:

newa ke:mah / niweli / pero nikan shmas welin # maske kitoan de ke welin / pero shmelak / san nochi:wan #

Yo sí, yo puedo, pero acá no pueden tanto. Aunque digan que pueden, no es verdad. Se hacen no más.

La mayoría considera que lo mejor es hablar las dos lenguas, aunque, de hecho en muchas de las respuestas en este sentido en lo que se insiste es en la conveniencia de hablar castellano:

mas kwahli de ke de o:me / tlakah # kio:n tia:s tikna:makas momaskari:tah igwa:lah oso maski 'mexikoh / ta tixwanah # tikihto:s «Quiero tanto, las doy a tanto» # de ke shtiweli / nin para a:tl / shtlah tiweli tiklatlani:s #

Más bueno de que de dos, vaya. Así vas a ir, vas a vender tus mascaritas a Iguala, o aunque hasta México, hasta Tijuana. Vas a decir «Quiero tanto, las doy a tanto». Si no sabes, ni para agua; nada vas a poder pedir.

Un anciano de San Miguel Tecuiziapan, ilustra las dificultades a las que hubo de hacer frente en su niñez como pobre hablante de castellano:

pan interna:doh / umpa o:nimodesanimaroh # man nikihtoh / «tlakah / na: shniserbiro:s # a:man / a:man ke:n nkakis tli:n ne:chihli:s» # maski ta nisufriroh # o:tisufrirohkeh porke shtiwelih espa'ñol # shwel titlahtoah # / shniwelia / # o:nasik / shniweli # / shtlah / shtlah niweli # na: shnikaki ke:n ne:chihlia # oksepatipan o:ne:chtokaroh ma: nikintlamakati # kihtoh maestroh «tikomintlamakas kone:xos # shtemo ne: tlatsintlan shkintlamakati kone:xos # tlayo:hli shkitki / tikmakas tlayo:hli un kone:xos # tlayo:hli # tlakwalispan tiinkwili:s lechu:gah» teh / shnikaki / teh # man tli:no:no:n tlayo:hli / tli:no:no:n # ya: kihtoa ma'is # a:man ya nite:lahtoltito ya un nokompañe:roh «bale / tli:n kihtoa maestroh ne:chihlih ? / nintlamakas kone:xos / nimakas ma'is / mas tli:no:no:n ma'is?» #

En el internado me desanimé. Me dije «No voy a servir, pues. No voy a entender lo que me dicen». Sufrí mucho. Sufrimos porque no podíamos hablar español. No podíamos platicar. Yo no podía. Cuando llegué, no podía. Nada. Nada podía. No entendía lo que me decían. Una vez me tocó ir a dar de comer a los animales. Me dijo el maestro: «Vas a ir a darle de comer a los conejos. Baja y dale de comer a los conejos. Llévate el maíz. Le vas a dar maíz a los conejos. A la hora de comer les vas a quitar la lechuga». Pues que no lo entiendo. Pero, ¿qué es eso del maíz? Él dice «maíz». Le fui a preguntar a un compañero: «Vale, ¿qué me dijo el maestro? Que le vaya a dar de comer a los conejos, que les dé maíz, pero ¿qué es maíz?»

El hablante bilingüe vive, pues, en un dilema entre su lealtad a la lengua materna y el prestigio y las bondades que atribuye al castellano. Pero mientras el ascendiente del castellano, que se reconoce como instrumento de movilidad social y como medio para acceder a la cultura dominante, es indiscutible, la lealtad al mexicano se ve contrarrestada por su percepción como marca de oprobio y su consiguiente rechazo, disfrazado a veces de fatalidad, como declara Tomás CEVALLOS, San Francisco Ozomatlán, 65 años:

pues a ber / de 'porsi nika:n nochi tiindios / teh / tikampesi:nos # maski shtikwelitah / teh / maski ni modo / teh # kio:n o:te:chiwh in totatah dios #

Pues a ver. De por sí aquí todos somos indios, pues, campesinos. Aunque no nos guste, ni modo, pues. Así nos hizo nuestro padre dios.

Es fácil observar en el habla de las comunidades una clara distribución de funciones. El reparto no es simétrico. Puesto que el mexicano carece aún hoy de una ortografía normalizada, el español es la única lengua escrita. En su calidad de código de poder, se utiliza en todos los contextos que guardan relación con instancias oficiales y con el mundo hispanohablante: la escuela, la liturgia de la iglesia, las asambleas en la comisaría, los altavoces que pregonan a todas horas los eventos de interés para la comunidad, el comercio regional y nacional. El mexicano, código de solidaridad, es el cauce para afirmar y reproducir la identidad étnica y comunal frente al exterior y para crear redes de reciprocidad. Se mantiene en el ámbito de la intimidad familiar, de la vida cotidiana, de las actividades sociales más tradicionales y establecidas. Asociado a valores de respeto y confianza, es usado particularmente en los rituales de la comunidad que se llevan a cabo fuera de la iglesia y la comisaría (intercambio de votos entre compadres, conjuros, ensalmos, levantamientos de sombras, etc.).

El reconocimiento del mexicano como seña de identidad étnica y de cohesión social es patente en la tajante separación que se establece entre mexicaneros y «coyotes», término con el que se designa a quienes no hablan la lengua:

ta:meh nika:n nochi timexikane:roh / shke:n de ka ne:ika / para igua:lah / umpa puro koyo:teh #

Nosotros aquí todos somos mexicaneros. No como por allá, por Iguala². Allá, puro coyotes.

En boca de una anciana de San Pancho, Sofía CATALÁN, una particular reivindicación de la mexicanidad:

shyehwa mexika:noh / un presidenteh wa:n pe'lon / yehwa pa:ñol / teh [...] # ne: 'mexi:koh shnemih mexikane:ros # ne: nochi xenteh tlahtoa pu:roh kasti:yah #

Él no es mexicano, ese presidente pelón³. Es español. [...] Allá en México no hay mexicaneros. Allá todos hablan puro castilla.

² Iguala, a unos cuarenta kilómetros al norte de Xalitla, constituye el principal centro de abastecimiento de las comunidades.

³ Hace referencia a Carlos Salinas de Gortari, presidente de México entre 1988 y 1994.

Pero este reparto de funciones tampoco es estable. La propia dinámica del proceso de contacto hace que se vayan reduciendo progresivamente los contextos de uso del mexicano y que el castellano empiece a invadir las relaciones sociales entre bilingües e, incluso, el círculo doméstico.

En sus manifestaciones metalingüísticas los hablantes parecen ser conscientes de esta realidad, pero no queda claro hasta qué punto la elección de uno u otro código obedece a factores objetivos como el tópico, el perfil del interlocutor, el grado de formalidad u otras circunstancias del contexto comunicativo, o estriba en opciones de carácter subjetivo. Pero es que además, las prácticas discursivas locales trastocan a veces los términos del reparto tal y como lo hemos expuesto, creando un complejo sistema de ambigüedades. Así, el mexicano se describe en ocasiones como rugidos propios de animales y se utiliza para retos obscenos, mientras que el castellano, por su parte, se vincula a ciertos contextos escatológicos, la ruindad, la grosería y la ebriedad. Con frecuencia se asocia la asistencia a la escuela con la pérdida de respeto a los mayores.

Hasta hace apenas cuatro décadas, cuando la mayoría de la población era monolingüe en mexicano, este funcionaba también como código de poder y uno de los recursos que los hablantes utilizaban para afirmar su preeminencia consistía precisamente en la incorporación de vocablos procedentes del castellano. Textos recogidos de ancianos que habían ocupado posiciones prominentes en sus comunidades están hasta tal punto plagados de interferencias que resulta difícil saber qué código están empleando. Hoy, al extenderse el bilingüismo y la proliferación de interferencias, la utilización de hispanismos ha dejado de ser signo de exclusividad. Surge así un discurso purista que rechaza y estigmatiza las interferencias. El purismo se vertebra en torno a la oposición entre una referencia remota, el náhuatl, calificado de originario, legítimo y puro, y otra actual, el mexicano, caracterizado como impropio, espurio o revuelto.

Helenio CORREA, Analco, 59 años:

*titlahtoan mexika: no maske tikmastoke i:ka shmelak mexika: no # antes
o:tihkake de oksekime i:ka in totlatohli i:to:ka na:watl / pero sa:n no:
ihki tikihtoa tewame / pues tewame titlahtoan mexika: no / pero maske
tikistoke unka se: peli:gro pampa shoktitlahtoan ke:n melak
o:te:chititihke antes totahwa:n / ke yewame o:tlahoke de iksan /
o:tlahoke ok'se: nika:n pala:bras mas kwaltsin / mas kwahli tlatete:nke
katka / a:man pues ya yo:tla:n / yo:tikelka:hke / a:man yotikneloltike i:ka
in ok'se: tlatohli tli:n o:te:chititihke ipan escue:la / que i:to:ka espa'ñol o*

casteya: no / pues yo: tiknelohke / a: man ya yo: neli: w / shoktitlahtoan nin na: watl o mexicana: no / ni shoktitlahtoan in kasti: ya pampa yo: tiknelohke / shoktimotlahtolkake tewame mismos # ke: mantika pues por tikihto: ske se: ko: sa / tikihtoan ok' se: tlahtoli # por eso nokniwa: n kihtoan de ke pues oxa' la a: kin we' liskia tikne' kiskian ma: kipanki: xti / ma: te: chihli se: tlahtohli / ma: te: chititi ke: no: n mas kwahli unka / ke: no: n mas kwahli kakisti: s / pampa tewame pues ya shoktiweli # miake tokniwa: n wa: hlawe de ok' se la: doh / kwa: lte: temowan in tlatohli / kinekin kwi: kaske / kinekin weli: ske / pero tikimimachtian ya sa: n tlakotipan / porke tlakotipan ya yeyaw i: ka espa' ñol # yewa i: ka tewame pues kas yoti: xpolike ipa un modo / porque shokwel tikrekogero: ske de lo que tli: n pues totahwa: n o: tlahtoke / ke yewame o: tlahtoke pan prime: ro / que yewame weli' an nochi yewa o: tikelka: hke #

Nosotros hablamos mexicano, aunque sabemos que no es mexicano de veras. Hemos oído de otros que esta nuestra palabra se llama náhuatl y así no más hablamos también nosotros, pues nosotros hablamos mexicano. Pero vemos que hay un peligro, porque ya no hablamos como de veras nos enseñaron nuestros padres, que hablaron de antiguo. Ellos hablaron otras palabras más bonitas, estaba compuesto mejor. Ahorita ya se acabó, ya lo olvidamos. Ahorita ya lo mezclamos con esa otra palabra que nos enseñaron en la escuela, que se llama español o castellano. Pues ya lo revolvimos, ahorita ya se mezcló. Ya no hablamos ni náhuatl o mexicano, ni hablamos en castilla, porque ya lo mezclamos. Ya no nos entendemos ni nosotros mismos. A veces, para decir una cosa, decimos otra palabra. Por eso mis hermanos dicen que quisieran que alguien que pueda nos enseñe, nos diga cómo tienen que ir las palabras, cómo se oye mejor, porque nosotros, pues, ya no podemos. Muchos hermanos vienen de otro lado, buscan esta palabra, quieren llevársela, quieren saber, pero les enseñamos no más la mitad, porque la otra mitad ya va en español. Por eso a lo mejor ya nos desgraciamos, pues ya no vamos a poder recoger lo que hablaron nuestros padres, lo que hablaron primero. Todo lo que ellos sabían, nosotros ya lo olvidamos.

Pero resulta significativo que quienes esgrimen este tipo de argumentos suelen ser una vez más hombres, de mediana edad, con posiciones prominentes y, lo más sorprendente, altamente hispanizados. No suelen ser puristas ni las mujeres ni los jóvenes.

Por lo que respecta a la pervivencia del mexicano, las respuestas revelan la coexistencia de dos corrientes contrapuestas: una que conduce inexorablemente a su desplazamiento y eventual desaparición y otra que invoca prácticas de resistencia. Pero también aquí la contienda es desigual. Las reivindicaciones más combativas del mexicano, enarboladas

las más de las veces por miembros muy aculturados de las comunidades que actúan como «informantes» de lingüistas y antropólogos y que son vistos con cierto recelo por sus propios paisanos, solo en muy escasa medida contrarrestan el espectacular avance del castellano. Mientras la mayoría coincide en que se debe conservar la lengua materna, un porcentaje relativamente elevado (cercano al 25 %) justifica su desaparición, alegando que su continuidad no tiene ya razón de ser. Por categorías, son los varones jóvenes, a la vez los más aculturados y los más comprometidos con posturas indigenistas, quienes manifiestan actitudes más favorables hacia el mexicano, mientras que las mujeres mayores, el grupo menos hispanizado, es el único que admite sin tapujos actitudes de rechazo. Reconocen en su mayoría avergonzarse de hablar mexicano fuera de las comunidades, no quieren que sus hijos lo aprendan y no les importa la eventual desaparición de la lengua. Pero es que estas mujeres ocupan el rango inferior en la escala jerárquica de las comunidades y, fuera de ellas, su indumentaria las identifica como miembros de una minoría discriminada. Pobres hablantes de castellano, son plenamente conscientes de las serias limitaciones que conlleva el carecer de acceso al código de poder.

Todos los encuestados que se declaran hablantes de mexicano afirman haberlo aprendido en el hogar y en muchas de las respuestas se hace alusión al papel de la madre como factor clave en la transmisión de la lengua:

de kwa:k o:notla:kat / teh / kion nechno:notesaya nonan / yehwa shkipiaya ok'se: i:tlahol / de kastiya shtlah / nin notah /shtlah / nochipa / nochipa /puroh mexika:noh #

Desde cuando nací, pues. Así me platicaba mi mamá. Ella no tenía otra lengua. De castilla nada, ni mi padre, nada. Puro mexicano, siempre, siempre, puro mexicano.

La escuela es considerada el espacio adecuado para el acceso al dominio del español y casi el 90 % de los entrevistados se muestra contrario al uso del mexicano en las aulas, alegando la dificultad de encontrar maestros y el hecho de que los niños ya conocen la lengua. La mayoría de los hablantes considera innecesaria la puesta en práctica de medidas de incentivación o defensa del mexicano, dando por supuesto condiciones vegetativas de pervivencia, algo que desmiente la propia realidad y el reconocimiento del desplazamiento por parte de los mismos individuos.

Se constatan ya las primeras fisuras en el modelo de bilingüismo estable que se ha mantenido en la zona durante las últimas tres décadas, lo que daría paso a una fase de bilingüismo de transición, un patrón común a muchas otras lenguas indígenas, en el que la adquisición de competencias en la lengua de prestigio constituye un lastre para el mantenimiento y la transmisión de la lengua materna. El avance del castellano es avasallador, sobre todo entre los jóvenes. En las familias más aculturadas, no es raro asistir a conversaciones en las que los mayores hablan en mexicano y los más jóvenes en castellano. La cuestión es saber hasta cuándo estas prácticas podrán seguir garantizando la transmisión del mexicano a las siguientes generaciones. No faltan quienes consideran este progresivo empobrecimiento funcional y estructural una estrategia más del proyecto sincrético (HILL / HILL 1986), pero el antecedente de Xalitla, la comunidad más cercana a la carretera que enlaza México D. F. con Acapulco, donde el proceso de desaparición del mexicano está ya muy avanzado, parece contradecir esta tesis voluntarista. Lo que corre peligro es todo el ecosistema que ampara la supervivencia de la lengua en la zona.

Post scriptum

En una breve visita que realicé a San Francisco Ozomatlán en las navidades de 2004 pude constatar cómo el proceso de desplazamiento se había acelerado hasta extremos impensables apenas diez años antes. El trazado de la nueva autopista México-Acapulco, inaugurada en 1993, a escasos cinco kilómetros de esa comunidad, una de las más alejadas de la antigua carretera, ha abierto una nueva y poderosa vía de penetración de la cultura hispanohablante, invirtiendo así la trayectoria del contacto. Si a ellos sumamos la irrupción de los medios de comunicación —el teléfono y la televisión eran prácticamente inexistentes en la zona hace dos lustros— y la descomposición del cuerpo social de las comunidades, visible en el abandono de trajes y peinados tradicionales por parte de las mujeres y en el éxodo a los Estados Unidos de un altísimo porcentaje de varones jóvenes, el panorama no puede ser más desolador. La desaparición del mexicano del Alto Balsas, que pasará así a engrosar la larga lista de lenguas y variedades dialectales mesoamericanas desaparecidas, parece solo cuestión de tiempo.

Bibliografía

- AGUIRRE BELTRÁN, Gonzalo (1983) *Lenguas vernáculas. Su uso y desuso en la enseñanza: la experiencia de México*, CIESAS, México
- ANDREWS, J. R. (1975) *Introduction to Classical Nahuatl* (2 vols.), University of Texas Press, Austin
- BENAVENTE, Fray Toribio de, «Motolinía» (1971) *Memoriales o Libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella*, UNAM, México
- CAMPBELL, R. J. (1985) *A Morphological Dictionary of Classical Nahuatl. A Morpheme Index to the Vocabulario en lengua mexicana y castellana of Fray Alonso de Molina*, Hispanic Seminary of Medieval Studies, Madison
- CAMPBELL, R. / Frances KARTTUNEN (1989) *Foundation Course in Nahuatl Grammar* (2 vols.), Institute of Latin American Studies, The University of Texas, Austin
- CANGER, Una (1986) «Los dialectos del náhuatl de Guerrero», *Primer Coloquio de Arqueología y Etnohistoria del Estado de Guerrero*, INAH y Gobierno del Estado de Guerrero, México
- CANGER, Una (1988a) «Nahuatl Dialectology: A Survey and Some Suggestions», 28-72 en *IJAL* 54,1
- CANGER, Una (1988b) «Subgrupos de los Dialectos Nahuas» en *Smoke and Mist. Mesoamerican Studies in Memory of Thelma D. Sullivan*, B.A.R., Oxford
- CAROCHI, Horacio (1645) *Arte de la lengua mexicana con la declaración de los adverbios della*, edición de Miguel LEÓN-PORTILLA (1983) UNAM, México
- DAKIN, Karen (1982) *La evolución fonológica del protonáhuatl*, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, México
- GARIBAY K., Ángel María (1945) *Llave del Náhuatl*, Porrúa, México
- HASLER, Juan (1975) «Los dialectos de la lengua nahua», 179-188 en *América Indígena* 35,1
- HILL, Jane H. / Kenneth C. HILL (1986) *Speaking Mexicano: Dynamics of Syncretic Language in Central Mexico*, The University of Arizona Press, Tucson
- HORCASITAS, Fernando (1977) *Náhuatl práctico. Lecciones y ejercicios para el principiante*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, México
- KARTTUNEN, Frances, 1983 *An Analytical Dictionary of Nahuatl*, University of Texas Press, Austin
- KARTTUNEN, Frances / James LOCKHART (1976) *Nahuatl in the Middle Years, Language Contact Phenomena in Texts of the Colonial Period*, University of California Press
- KAUFMAN, Terrence (1974) *Idiomas de Mesoamérica*, José de Pineda Ibarra, Guatemala
- LANGACKER, Ronald W. (1977) *An Overview of Uto-Aztecan Grammar. Studies in Uto-Aztecan Grammar* (vol. I), The Summer Institute of Linguistics and the University of Texas at Arlington, Dallas
- LANGACKER, Ronald W. ed. (1979) *Modern Aztec Grammatical Sketches. Studies in Uto-Aztecan Grammar* (vol. II), The Summer Institute of Linguistics and the University of Texas at Arlington, Dallas

- LAстра, Yolanda (1980a) *Nahuatl de Acaxochitlán*, Archivo de Lenguas Indígenas de México 10
- LAстра, Yolanda (1980b) *El náhuatl de Tetzcoco en la actualidad*, UNAM, México
- LAстра, Yolanda (1986) *Las áreas dialectales del náhuatl moderno*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México
- LAUNEY, Michel (1978) *Introduction à la langue et à la littérature aztèques*, L'Harmattan, Paris
- LEÓN-PORTILLA, Miguel (1988) *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, FCE, México
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo (1989) *Hombre-dios. Religión y Política en el mundo náhuatl*, UNAM, México
- MANRIQUE CASTAÑEDA, Leonardo (1989) «La historia del idioma de los mexica y sus congéneres», en *Primer encuentro nahua: los nahuas de hoy*, INAH, México
- MENDIETA, Gerónimo de (1606) *Historia Eclesiástica Indiana* [1973], BAE 260, Madrid
- MOLINA, Alonso de (1571) *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana* [1977⁴], Porrúa, México
- OLMOS, Fray Andrés de (1547) *Arte de la lengua mexicana*, ed. fac. y transliteración de Ascensión y Miguel LEÓN-PORTILLA (1993), Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid
- SAHAGÚN, Bernardino de (1956) *Historia General de las cosas de Nueva España*, Porrúa, México
- SIMÉON, Rémi (1885) *Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana*, traducción del francés de Josefina OLIVA DE COLL (1977), Siglo XXI, México
- SOUSTELLE, Jacques (1983) *El universo de los aztecas*, traducción del francés de J. L. MARTÍNEZ / J. J. UTRILLA, FCE, México
- SUÁREZ, Jorge A. (1983) *The Mesoamerican Indian Languages*, Cambridge University Press
- SULLIVAN, Thelma D. (1976) *Compendio de la gramática náhuatl*, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, México
- TODOROV, Tzvetan (1989) *La Conquista de América. El problema del otro*, Siglo XXI, México